

INTRODUCCIÓN

TODO EL MUNDO BUSCA la felicidad, «hasta aquel que está a punto de ahorcarse», decía Pascal. El mundo moderno puede definirse casi por la idea de que el objetivo de la humanidad es la felicidad en esta tierra. A escala de los siglos, parece que se ha conseguido el resultado apetecido. La vida ayer era «miserable, brutal y breve», según Thomas Hobbes. Hoy en día, en los países ricos al menos, es larga y próspera; las guerras y las epidemias retroceden, reinan la democracia y la libertad de opinión.

Pero no es así como razona la gente. Para la mayor parte de las personas, la dureza de la vida no parece haberse reducido con respecto a la de ayer. Alrededor de un 15 % de los norteamericanos de menos de treinta y cinco años han conocido un episodio depresivo importante. En Francia, el consumo de antidepresivos se ha multiplicado por tres en treinta años, y los intentos de suicidio de las personas entre quince y veinticinco años, por dos. En Estados Unidos, los indicadores del bienestar han bajado casi un 30 % con respecto a los niveles alcanzados en los años cincuenta. Encuesta tras encuesta, el resultado es el mismo: la felicidad

experimenta una regresión o se estanca en las sociedades ricas, tanto en Francia como en otros lugares.

¿Cómo entender la paradoja de una sociedad que se propone un objetivo al que no llega nunca? Nos viene a la mente de inmediato una respuesta: los humanos no pueden ser felices, ya que se acostumbran a todo. Los progresos realizados, sean los que sean, se convierten en ordinarios enseguida. La página de la felicidad por construir está siempre en blanco. Pero como el hombre no consigue prever esa misma adaptación, sus sueños de felicidad resultan inagotables. Esto en sí mismo no nos desanima, ya que este rasgo es precisamente el que permite al hombre conservar intacta su fe en un porvenir mejor, una forma de juventud eterna. Pero debemos comprender los engranajes. ¿Cuáles son las características específicas del mundo contemporáneo, en esa búsqueda inagotable? ¿Por qué la felicidad parece más difícil de alcanzar que ayer, a pesar de una riqueza material muy superior en los países ricos?

Una anécdota nos permitirá captar mejor la situación. El director de un centro de transfusión sanguínea, deseando aumentar sus reservas, tuvo la idea un día de ofrecer una prima a los donantes de sangre. Para su estupefacción, el resultado fue exactamente inverso: su número disminuyó. La razón no es demasiado misteriosa. Los donantes dan prueba de generosidad. Los embarga un comportamiento moral, de preocupación por los demás. El hecho de remunerar-

los lo cambia todo. Si ya no se trata de ayudar a los demás sino de ganar dinero, su participación cambia de naturaleza. Se solicita otro lóbulo de su hemisferio. El hombre moral abandona la sala cuando entra el Homo economicus. Los dos representan su papel, ciertamente, pero no se pueden sentar a la misma mesa.

Para alcanzar sus objetivos, el director del centro de hecho no tiene más que dos opciones: o bien renuncia a su dispositivo e intenta volver a la situación anterior, o bien se embarca en una huida hacia delante, aumentando las primas para incitar a los donantes a acudir sea como sea. Desde hace treinta años, el mundo contemporáneo ha elegido la segunda de esas alternativas. Para funcionar bajo la égida solo del Homo economicus, aumenta las recompensas y endurece los castigos. Para atenerse a sus promesas, crea un mundo mucho más desigual.

Esta anécdota, extraída de entre otras muchas del libro titulado con acierto *Las estrategias absurdas*, de Maya Beauvillet, ilustra las transformaciones del mundo contemporáneo. Las empresas han transformado sus técnicas de gestión empresarial. Al multiplicar las primas, aguzando quizá la rivalidad entre sus propios empleados, las empresas actúan como el director del centro de transfusiones. Hacen desaparecer el valor del trabajo: la preocupación de hacer las cosas bien, la búsqueda de la aprobación de los colegas. Una gran firma internacional se vanagloria de eliminar cada año al 10 % de sus directivos para mantener en ellos el deseo de vencer.

La economía no es la única que ha quedado tocada. La manía de la clasificación (escuelas, hospitales, buscadores, amigos de Facebook...) se instala en todas partes. Lo mejor se lleva por delante a lo bueno. Los dos momentos más dolorosos de una vida adulta son, según todas las encuestas, los despidos y los divorcios. Y se han convertido en los más frecuentes. En el caso del matrimonio, quiero poder dejar a mi pareja si ya no la amo. Pero al convertirse en cierto lo recíproco, las parejas se vuelven más precarias. Recuperando los términos de uno de los popes del análisis económico, Gary Becker, profesor en Chicago, el mercado de trabajo y el «mercado matrimonial» obedecen entonces a la misma lógica: maximizar el beneficio de la unión, manteniendo la reserva de dar paso a nuevas oportunidades. Unos ganan, otros pierden, pero en todos los casos el equilibrio se vuelve más frágil. En todas partes se está imponiendo un mundo neodarwiniano, en el cual los más débiles son eliminados y sometidos al desprecio de los vencedores.

El propio Darwin, sin embargo, advertía contra los usos sociales de sus teorías. La «lucha por la existencia», la famosa *struggle for life*, es una metáfora que él invitaba a tomarse con precaución. Como demuestra Jean-Claude Ameisen en un libro lleno de poesía, Darwin insistía en la existencia «en numerosas especies animales, entre ellas el hombre, de fenómenos de cooperación entre los individuos de la misma especie, al cual daba el nombre de sociabilidad y empatía».

El mundo contemporáneo se ha alejado en una dirección opuesta. Privilegia la competición sobre la cooperación.

¿Cómo comprender esa evolución? La lista de las posibles causas es larga. La caída del muro de Berlín, el ascenso fulgurante del capitalismo financiero, la globalización, la sociedad de la información, son las que se citan con mayor frecuencia. Se han aventurado también otras explicaciones sociológicas, como la actitud de los *baby-boomers* frente a la autoridad paterna. La paradoja central de la época es la siguiente, sin embargo: se requiere a la economía que se haga cargo de la dirección del mundo en un momento en que las necesidades sociales emigran hacia unos sectores que se esfuerzan por inscribirse en la lógica mercantil. La salud, la educación, la investigación científica, el mundo de internet, todo ello forma el núcleo de la sociedad post-industrial. Nada de todo ello entra en el molde económico tradicional. Mientras la creatividad humana es más elevada que nunca, el Homo economicus se impone como un triste profeta, el aguafiestas de los nuevos tiempos.

En el momento en que se apretujan miles de «recién llegados» a la mesa de un modelo occidental vacilante, resulta urgente replantearse de arriba abajo la relación entre la felicidad individual y la marcha de las sociedades. Evitando los dos dogmatismos simétricos (saber mejor que la propia gente lo que es bueno para ellos, o a la inversa, dejar que se las arreglen solos), la cuestión que se plantea no es ni más ni menos que la de los cimientos de la sociedad mundial que se construye ante nuestros ojos.

